



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

Oyere-bo Chaco-güi

El amanecer de aquel su primer día de abandono, sorprendió a Micaela ya de pie, lista para emprender los trabajos de la jornada.

Movíase la mujer con agilidad nerviosa, un tanto azorada, por el cuarto que servía de dormitorio en el rancho campesino. En su cama dormían dos criaturas, los más pequeños; y en otro lecho hacían lo mismo los dos mayores. Micaela, después de contemplar largamente el campo por el portillo, acercose al lecho de los últimos y, suavemente, movió a uno de éstos, el de más edad, para despertarlo. Le cuchicheó al oído:

-Paichí, vamos ya, vamos ya.

Profundo era el sueño, que hacía al varoncito insensible a los cautelosos zarandeos maternos. El temeroso cuchicheo hacía abrir los ojos y prestar vagamente atención; pero en seguida se apoderaba de él la modorra, sus párpados caían pesadamente [84] y de nuevo incurría en la pesadez e inmovilidad.

-Vamos Paichí, vamos. Recuerda que papá ya no está en casa...

Era un temblor la voz de la madre, y una humedad de llanto contenido el mirar de sus pupilas.

-Tenemos que ir, ya, a la capuera, Paichí. Papá no está...

Paichí abrió los ojos plenamente, y de un solo movimiento lleno de viril resolución se tiró de la cama. Segundos después estaba él también, listo y dispuesto para marchar al campo.

Por ahí, apoyada en un horcón, estaba la azada y sobre el horno, ventrudo y aún tibio de la última cocción, el machete parecía ofrecer a la mano ausente su empuñadura encostrada de acumulados sudores. El hombrecito tomó ambas herramientas, cubriose con el *pirí* de alas anchísimas, y, animoso y diligente, se volvió a su madre:

-Vamos ya...

Salieron los dos.

Las primeras luces indecisas del alba dibujaron vagamente las siluetas de madre e hijo, recortadas en el camino penumbroso por las líneas de los lienzos de la ropa del varón y de la roja zaraza de la saya de la mujer. Joven aún, alta, esbelta, Micaela parecía un rasgo más del paisaje campesino en medio del cual naciera y viviera todos sus días. Tenía la gracia espontánea y pura de las flores silvestres; había en su andar ondulante y firme un remedo del vuelo de las aves de sus bosques nativos; [85] tenía su risa, cuando la pasada dicha la provocaba, el son cristalino del arroyo comarcano; y sus ojos grandes y negros, el fuego en que toda aquella naturaleza se abrasaba bajo un sol de trópico.

A su lado, y tratando de igualar su paso, Paichí marchaba impregnado de un aire de ufanía melancólica. ¡Qué pequeño parecía y qué débil, bajo el peso de la azada en el hombro y con el hierro del machete en la mano pueril! Diez años, aún no cumplidos, eran los de su vida, y si bien antes de ese día más de una vez marchara junto a su padre, por ese mismo sendero, jactancioso de ir a la chacra en su ayuda, ese día, yendo con su madre con el mismo fin, sentía en lo más adentro de su alma un repentino crecimiento de su personalidad y de su deber. ¡Tenía que reemplazar al padre!

Andaban con presteza, adelantándose alternativamente, según uno de ellos quedara, atrás para cualquier objeto. La madre hablaba, con palabra entrecortada, y el niño escuchaba, en silencio, conmovido y como absorto.

El día anterior el padre, Prudencio Ortiz, marchó a la guerra. Micaela, con sus cuatro hijos, le acompañó hasta el pueblo donde, en la estación ferroviaria, junto al largo convoy cargado de movilizados, diérale e hiciérale dar por los hijos el último beso, estampando, el propio, con los labios apretados, para que no brotara el lamento de su dolor.

Partió el tren, en cuyos flancos se alineaban agitadamente las cabezas echadas por las ventanillas [86] afuera para ver a los que quedaban en la estación, y Micaela, con los cuatro niños, emprendió el regreso a su casita. Un andar de cinco leguas, con dos pequeños en brazos, y sobre la cabeza el cesto vacío de las cosas humildes de su industria con que regalara al viajero...

Todo le parecía nuevo, diferente y como adverso, en aquel paisaje donde hasta ese día había vivido tranquila, confiada y feliz. La casita, blanca entre la fronda de los

naranjales, no le hizo experimentar aquel conocido afán de llegar que hasta entonces le aceleraba gozosamente los latidos del corazón. Hubiera querido retardar su entrada en ella, al sentirla tan sola y abandonada, sin el sostén leal y vigoroso que en los días pasados la defendiera dándole paz, seguridad y abundancia.

Llegaron madre e hijos a la casa, a la hora en que el valle se envuelve en las primeras sombras del crepúsculo, como para acentuar con ellas el duelo de las almas. Micaela descendió a los pequeños de sus brazos, donde vinieron profundamente dormidos, y los pasó en una de las camas, bajo el mosquitero. Llamó en seguida al mayor de los niños, Paichí, y ambos salieron de la casa. Tenían que ocuparse ya en las tareas que el padre llenara hasta la víspera. Encerrados en el pique inmediato al rancho, las vacas y el caballo que durante el día pastaran libremente por ahí cerca, madre e hijo comieron unos pobres bocados, apagaron la luz y se acostaron.

-Mañana tendrás que madrugar, Paichí. Yo [87] iré a la chacra a continuar los trabajos de tu padre y tú me acompañarás. Tendremos que trabajar mucho para que no se arruinen las plantaciones...

-¡Sí mamá, yo iré contigo y te ayudaré mucho! Despiértame cuando sea hora de salir de casa.

Y el pequeño antes de dormirse, pensó orgullosamente en su nuevo deber. Era el mayor, y la ausencia del padre hacía de él, de pronto, el único apoyo de la madre. Su papá se lo dijo, en voz baja, en el momento de darle el beso de la despedida:

-¡Paichí, tú quedas en mi lugar!...

Se durmió, olvidado de sus juegos, de sus cacerías de pajaritos en el bosque aledaño, de sus sonadas excursiones al arroyo distante. Sólo pensaba en esgrimir la azada y el machete de las duras faenas de la chacra.

-¡Paichí, tú quedas en mi lugar!

La voz del padre le llegaba de lejos, entre el ruido de las ruedas del tren que se lo llevaba...

* * *

Pasaron los días, los meses. Pasaron también los años; dos años, largos como otros tantos siglos. Al despuntar el alba, Micaela y Paichí salían del rancho, como aquel primer día, y se dirigían a la capuera, distante unas veinte cuadras. Trabajaban allí rudamente, toda la mañana, en los trabajos propios de cada estación: arando, carpiendo, sembrando, cosechando. A la hora en que el sol se acercaba al cenit, regresaban doblados de cansancio los dos y ansiosa, además, la madre, por estar junto [88] a sus pequeños librados al cuidado de la mayor de las mujercitas.

Cuando el corazón le decía que podía tener carta del esposo, Micaela llegaba al rancho, volviendo de la chacra, daba de comer a sus hijos, recomendaba a Paichí el cuidado de la casa, y salía a escape en dirección del pueblo. Parecía volar por el camino desierto,

yendo con la ilusión de encontrar unas líneas del ausente. La fatiga de la ruda mañana de labor desaparecía y sus pies marchaban las cinco leguas con animosa y alegre prisa.

Unas veces, ¡muy pocas, ay!, su corazón acertaba. Había carta, la ansiada carta escrita allá lejos, entre el fragor de las batallas, que le traía noticias del esposo. ¡Vivía! ¡Estaba bien! ¡Hablaba de volver tal vez muy pronto! ¡Se sentía orgulloso de cumplir con su deber, como un varón!

Y Micaela, tras leer diez, veinte veces la carta, volvía a echarse a andar por el largo camino para apresurar el momento venturoso de sentirse en su rancho, rodeada de sus hijos, y leyendo una vez más, en voz alta, la carta amada...

Pero las más de las veces fallaba el presentimiento. ¡No había carta! En la humilde oficina del correo donde daban esa respuesta a su pregunta, Micaela permanecía largo rato, dudando, esperando, confiando aún, sin fuerza para rendirse a la realidad. ¡No había carta! Luego se ponía a recorrer el pueblo en busca de quien hubiera vuelto del Chaco, para interrogarlo sobre su Prudencio. [89]

-¿Usted viene del Segundo Cuerpo? ¿No ha visto al sargento Prudencio Ortiz, del 8?

No, no venían de allá.

Entonces sí, que, al volver a su casa, bajo el peso del desencanto, aquel andar de cinco leguas le pesaba infinitamente...

Micaela enfermó bajo la doble garra del trabajo excesivo y de la pena constante. Diez meses sin recibir noticias de Prudencio. La idea de que había muerto se le clavó en el alma. Sus fuerzas no dieron para la labor de la chacra y tuvo que quedar en la casa. El maciegal se apoderó pronto de los cultivos, sin que los débiles aunque heroicos esfuerzos de Paichí pudiesen evitarlo. Las sementeras se arruinaron. La enfermedad y la miseria entraron en la casa, y su triste cuadro, que Micaela nunca viera, reagravó, con el creciente dolor moral, el daño físico de la enferma. Un día la encontraron muerta en la cama, en un charco de sangre proveniente de copioso vómito...

* * *

El tren partía lleno de reservistas llegados del Chaco días atrás. Esos hombres, que venían de batirse como leones en los terribles encuentros de la selva, parecían niños en día de asueto al sentir que la locomotora les llevaba a sus valles.

¡Sus valles! ¡Sus valles! ¡Cuánto soñaron esos bravos con sus valles amados, cuya visión llevaban tanto en los ojos como en las honduras del alma! Amáronlos siempre, con la honda fuerza del instinto, [90] sin discernir, sin comparar; pero ahora que conocían el rigor de aquella otra tierra agria y hostil, que los punzaba con su vegetación espinosa e hirsuta, que les imponía hambre y sed con su esterilidad infernal; ahora el amor a sus valles era infinitamente más grande porque se desbordaba en gratitud por su fecundidad y por su belleza, por sus tierras sonrientes y llenas de frutos, por sus arroyos de aguas cristalinas y frescas...

El tren aceleraba la marcha y los gritos de los reservistas crecían con el ardor de la alegría al ver los campos. Enfermos, heridos, convalecientes y mutilados, todos olvidaban el horror de la guerra para entregarse a la emoción del regreso al hogar.

Prudencio Ortiz era uno de ellos. Volvía después de dos años y medio, con las insignias de sargento, ganadas a fuerza de coraje. Participaba de la alegría general, pero la suya no era ruidosa y aún parecía por momentos velada por una sombra de inquietud. Departía con un camarada, sargento como él, con quien le vinculara la vida en común en las fatigas y peligros.

-¡Cómo hallaremos a nuestra gente! -habló Prudencio Ortiz. Y agregó:- A mí me esperan mi mujer y cuatro hijos...

-A mí -dijo el otro- mi mujercita, mi vieja y dos hermanas mozas. ¡Mala suerte la mía! ¡A los quince días de casado tuve que ir al Chaco!

A poco de andar el tren, Ortiz tratando de aplacar en la distracción sus nervios irritados por la impaciencia, tomó un diario y púsose a leerlo. Noticias [91] del Chaco. Pasó de largo. El Chaco lo llevaba metido en todo su ser con el recuerdo de las peleas y de las penurias. Le interesó un artículo en que se hablaba de la vida de la Asunción bajo la guerra. Lo leyó detenidamente y luego lo comentó hablando con su camarada:

-Dicen ahí que en Asunción no se echa de ver la guerra. Que la gente se divierte mientras allá en el Chaco...

Calló. Lo que sus labios no atinaron a expresar, lo expresaron sus ojos. Y luego:

-¿Podrá ser verdad?

Miráronse los dos camaradas y había algo de estupor en sus miradas. En Asunción no se siente la guerra. ¿Será posible? Ellos no atinaban a razonar el caso, en la primitiva sencillez de sus ideas; pero allá en el fondo del corazón les producía un enorme dolor eso que acababan de leer. Y callaron de nuevo para sumergirse en la corriente de sus tristes reflexiones.

En cada estación, al paso del tren, se congregaba una multitud de mujeres y criaturas, las que se aproximaban a las ventanillas ansiosas de descubrir entre los que llegaban a los que ellas esperaban todos los días. Un grito de jubilosa sorpresa indicaba que una madre o esposa acababa de descubrir al hijo o marido entre los que descendían del tren. Y al grito seguía el silencio del abrazo interminable, frenético, regado de lágrimas...

Pero si eran frecuentes los encuentros venturoso⁽¹⁶⁾ del soldado que volvía con los seres que esperaban, [92] no faltaba el contraste dramático de la madre o esposa que allí, en la estación, era noticiada de la muerte del combatiente a cuyo encuentro viniera a la aventura. Mujeres y niños, hechos un racimo de dolor en el abrazo que los unía para cargar con el peso de su tragedia, lloraban a gritos, nombrando al para siempre ausente, mientras el tren volvía a marchar para renovar las mismas escenas en la estación siguiente y en las otras...

Cuando Prudencio Ortiz llegó a su rancho tras andar en la noche por el camino desierto, encontrase con la soledad y el abandono. Pudo trasponer el alambrado, por ahorrar camino, sin que los perros le ladrasen, y al pasar por el pique inmediato a la casa, echó de menos su caballo y las vacas que allí pernoctaban habitualmente. Entró en las piezas, y nada... Adivinó algo horrible y salió a todo correr en busca de noticias, que alguien le daría en la vecindad.

Llegó al rancho más próximo. Llamó con impaciencia de loco, voceando como un ebrio en el silencio de la noche el nombre de los moradores y el suyo propio para ser atendido.

-*Checo Prudencio Ortiz, ayumi ramova aina Chaco güi!*⁽¹⁷⁾ -Ladraron los perros. Sonaron voces alarmadas. Encendióse una luz. Aparecieron mujeres y niños. De éstos, uno se adelantó del grupo y, corriendo, se juntó a Ortiz y abrazósele llorando a las piernas. [93]

-¡Papá! ¡Papá!

Allí supo su desgracia. Micaela había muerto y sus cuatro hijos estaban repartidos por la vecindad. Uno de ellos vivía en esa casa, acogido a la caridad de las pobres mujeres cuyos varones también marcharon al Chaco.

* * *

El tren conducía a la ciudad numeroso contingente de reservistas cuya licencia venciera. El sargento Ortiz y su camarada, aquel con quien viniera de la capital, regresaban a sus puestos. Ortiz acababa de referir a su amigo la desolación con que se encontrara en su casa.

-¡Mi buena Micaela! Los trabajos la mataron a la pobre. ¡Los trabajos y el penar de todos los momentos! ¡Y mis cuatro hijos que ahí quedan repartidos como gatitos mientras yo vuelvo a la guerra!

El camarada habló, con pausa que era una suerte de ahogo de sus palabras en el llanto contenido de la emoción. Él no era más feliz. Había vuelto del Chaco con la ilusión de encontrarse con los suyos y sólo encontró dolor y oprobio en el rancho donde dejara amores. ¡No sabía cómo decirlo! Mientras él cumplía con su sagrado deber allá en el Chaco, un malvado, aprovechando su poder y el abandono del hogar...

Se miraron los dos, con una mirada viril, sintiéndose ahora más hermanos en la desgracia y en la injusticia, que antes lo fueran en el peligro de las trincheras y de los asaltos. Luego volvieron los [94] ojos al campo, a los ranchos donde tantas vidas quedaban sin el amparo fuerte del cariño y del trabajo de los varones. Miraron el enjambre de mujeres y niños, que en las estaciones reflejaban el cuadro de la vida campesina con el angustioso silencio de sus adioses a los que se iban a la guerra, a morir tal vez por la santa enseña patria.

Todo ese dolor de las campañas sumidas en la angustia de la espera, sumidas en el luto, sumidas en la desesperación de las amputaciones que convertían en seres inútiles a los

jóvenes otrora vigorosos, se hizo en el oleaje del propio dolor de los dos soldados un coágulo de sangre...

Y cuando la locomotora dio en Cambio Grande la larga pitada que anuncia el arribo a la ciudad, el sargento Ortiz, recordó lo leído en el diario y como si estas palabras bastaran para expresar lo que le hacía sentir el contraste entre la campaña dolorida, admirable y sublime en el heroísmo de sus varones, y no menos sublime y admirable en la abnegación de sus mujeres -toda ella puesta santamente de hinojos ante la patria-, y la ciudad que «se divierte como de costumbre», dijo sencillamente con voz que era una hiel:

-¡Ya llegamos a la Asunción!

Y la misteriosa ironía de un pensamiento recóndito vibró en su acento...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario